

Investigación pedagógica y formación de profesores

Por Víctor GARCIA HOZ

El tema general del VII Congreso Nacional de Pedagogía, al cual este número de la Revista va dedicado, se refiere bien claramente a dos asuntos distintos. La conjunción que los une añade una nueva posibilidad.

La primera interpretación es aquella en la que, intentando reducir a unidad el tema, se considere objeto propio del Congreso no la investigación o formación de profesores cada una de ellas por su cuenta, sino precisamente la relación existente entre ellas. La palabra principal del enunciado no sería ni investigación ni profesores; sería precisamente la conjunción y.

Otra interpretación es la de que en el tema del Congreso se pretende estudiar la investigación pedagógica, la formación de profesores y, además, la relación existente entre ellas. Esta interpretación asume la existencia de tres temas.

Dado que en un Congreso se debe salvar el doble escollo de que, por una parte, interese a pocas personas y, por otra, se diluya en temas en exceso generales, parece que lo más adecuado es interpretar el tema del Congreso en este último sentido. Quiere decirse que en él tendrán cabida los trabajos que se refieran a la investigación pedagógica, los que se refieran a la formación de profesores y, finalmente, pero no los menos importantes, los que se planteen el problema de la relación entre una y otra cuestión.

Sin entrar en el contenido de cada sección, que habrá de ser determinado por sus organizadores y participantes, ahí va un puñado de preguntas, más que de afirmaciones, que podrán servir como marco de referencia general para los trabajos del Congreso.

Al elegir como tema la investigación pedagógica, se pretendió no tanto a tratar la vieja cuestión de la cientificidad de la Pedagogía sin más, sino el establecimiento de unos criterios que sirvieran para distinguir

aquellos trabajos o producciones que, refiriéndose a la educación, reúnan las características exigibles a una producción científica.

En medio de la confusión actual producida por la existencia de una enorme producción escrita sobre temas educativos, según la cual parece que todo el mundo puede hablar de la educación, ¿hemos de admitir que cualquier referencia a la educación sea pedagogía, o conviene distinguir aquellas producciones resultado de un planteamiento y un método rigurosamente científico de aquellas otras que surgen simplemente del sentido común?

No se trata de valorar si es mejor o más importante la producción científica o las manifestaciones del sentido común. Se trata simplemente de la conveniencia de diferenciar unas y otras.

Por otra parte, en los últimos años se ha sustituido la tradicional denominación de pedagogía por la de Ciencias de la educación. Muchas ciencias reclaman para sí este carácter: Filosofía, Psicología, Sociología, Historia, por mencionar sólo las que tienen una cierta tradición; si entramos en el maremágnum de actividades que reclaman también la condición de educativas, el panorama se complica. Dinámica de Grupos, Cibernética, Terapia de Conducta, Psicoanálisis, Psicoterapia, Gestión de Personal, Publicidad, Informática. ¿Podrá y convendrá también hacer la distinción, o establecer unos criterios distintos de tal suerte que la Pedagogía mantenga su identidad frente a tantas solicitudes del exterior, o habremos de pensar que ante la riqueza de conocimientos y multiplicidad de problemas, la Pedagogía debe disolverse para dejar el paso a estos nuevos conocimientos?

En el camino de la Pedagogía hacia su propia constitución, identidad e independencia parece que tuvo que librarse en primer lugar de la Filosofía, en cuyo seno nació. Mas ahora nos encontramos también con un maridaje o un matrimonio entre la Psicología y la Pedagogía; ¿habremos de plantearnos el problema de liberar ahora la Pedagogía de la Psicología? Y si pensamos en esa confusión de conocimientos y actividades a que antes me referí, ¿tendrá que defenderse la Pedagogía de la Sociología y de los múltiples atractivos o disolventes antes de ahogarse en ellos?

Como en tantas ocasiones dentro de las ciencias humanas, de cuando en cuando hay que plantearse el problema científico desde su raíz. Quizá sea esta la ocasión de preguntarnos por el punto de partida de la Pedagogía.

¿Ha de ser la realidad el punto de partida para el estudio científico de la educación? Esta pregunta puede significar muy poco, ya que deja abierta otra cuestión. ¿Qué tipo de realidad? Para evitar ambigüedades, expresemos con claridad el primer interrogante. ¿Es la realidad sensible, la que tenemos a nuestro alrededor ahora mismo, el punto de partida de la Ciencia de la educación?

La contestación a esta pregunta tiene graves consecuencias. Si se

acepta la realidad sensible como punto de partida para la Ciencia de la educación, se dice que la Pedagogía será una ciencia básicamente experimental. Se excluyen con esta respuesta aquellos otros sentidos de índole histórica o filosófica que tienen como objeto la educación.

Vaya por delante que no se trata de traer aquí polémicas trasnochadas sobre la posibilidad de una Pedagogía experimental, de una Filosofía o de una Historia de la educación. La bibliografía pedagógica pone de relieve lo artificioso de la cuestión.

Pero, aceptando la posibilidad de estudios experimentales, históricos y filosóficos sobre la educación, aún quedan interrogantes. Podemos preguntarnos si las posibles especulaciones sobre la educación, los posibles estudios sobre la educación a través del tiempo, es decir, lo que comúnmente se entiende como objeto o contenido propio de la Filosofía o de la Historia de la Educación son Filosofía o Historia o son propiamente Pedagogía.

En la respuesta a la anterior cuestión tiene su importancia la denominación que se dé a los tipos de estudios aludidos. Así, por ejemplo, no parece que sea lo mismo Filosofía de la Educación que Pedagogía Filosófica, ni parece que fueran sinónimas las expresiones de Historia de la Educación y Pedagogía Histórica. Valdría la pena detenernos en este asunto. Porque si se habla de Filosofía o Historia de la Educación, se está diciendo implícitamente que se trata de una particularización de la Filosofía o de la Historia, mientras que si se habla de Pedagogía Filosófica o Pedagogía Histórica, el significado de tales expresiones no es otra cosa que una especificación de la Pedagogía.

Nuevas cuestiones se nos siguen planteando aun en el supuesto de que las anteriores fueran resueltas. Cuando se habla de conocimiento experimental histórico o filosófico de la educación, ¿no se están manejando categorías pasadas sin vigencia en la situación actual del quehacer científico? ¿Qué decir de los planteamientos interdisciplinarios que con tanta frecuencia se invocan?

De nuevo vuelvo a decir que no se trata de replantear la vieja cuestión de si la Pedagogía es una ciencia o de qué tipo de ciencia sea; se intenta más bien de sintetizar lo que se podría llamar «estado de la cuestión» en torno a la investigación pedagógica, con el fin de contestar, del mejor modo posible, a la cuestión de qué métodos o técnicas de investigación pedagógica están vigentes en la actualidad, cuestión que a su vez nos lleva a preguntarnos si tenemos hoy un concepto válido de lo que es estudio científico de la educación y de su expresión o resultados.

También será bueno tener presente que, invocando disquisiciones teóricas, no hemos de quedarnos en ellas. Respondiendo a la actitud fundamental de la vocación pedagógica, que es la de servicio real a la persona humana, intentaremos que las ideas se proyecten en el quehacer educativo. Frente a este intento, dos preguntas surgen inmediatamente:

¿Con qué problemas, vivos, presentes y sin resolver, se enfrenta hoy el estudio científico de la educación?

¿Qué puede ofrecer la ciencia de la educación a los dedicados a la práctica educativa?

En cuanto a los problemas de la educación es posible que, a efectos de clarificar la situación de los estudios pedagógicos, se distinga entre el estudio de los condicionantes o condicionamientos de la educación, es decir, el estudio de aquellos factores que, sin ser educación propiamente dicha, la facilitan, dificultan o impiden, y el estudio de los factores propiamente educativos, es decir, aquellos elementos que forman parte del proceso educativo mismo.

La anterior distinción podría servir para situar de una parte tantos estudios de las llamadas Ciencias de la Educación, Sociología de la Educación, Psicología de la Educación, Economía de la Educación, Ecología de la Educación, que en última instancia son ciencias de lo que pudiéramos llamar «alrededores de la Educación», de aquellos otros estudios, de programación, diseño de material, enseñanza, orientación, organización de centros, valoración, que están implicados en el proceso educativo mismo.

Aún habría de mencionarse un tercer tipo de estudios, el que se refiriese al gran problema que la educación de hoy tiene planteado: el de su sentido mismo. Inevitablemente ha de golpear la sensibilidad de quien se dedique a la educación la paradójica situación de que, habiendo hoy «más educación», al menos en sus aspectos institucionales, hay sin embargo un mayor desencanto y frustración respecto de lo que con la educación se consigue. Hoy hay más escuelas, absoluta y relativamente hablando, que jamás hubo. Hay más preocupación que nunca por la educación de la juventud y aun del hombre en cualquier edad. La abundancia de puestos escolares y la mayor atención a los problemas educativos no han llevado, sin embargo, a una mayor satisfacción ni individual ni social. ¿A qué se debe esta llamativa y triste, casi dramática, situación?

Por lo que se refiere a lo que puede ofrecer la investigación pedagógica, se puede resumir en un doble ofrecimiento.

Un ofrecimiento en el campo intelectual que se proyectaría en llegar a un punto de partida que permita sistematizar los estudios pedagógicos, apartando de ellos la ganga de tanta palabrería y aun charlatanismo como ha invadido el campo de la educación. Se podrán ofrecer criterios para distinguir qué trabajos o producciones sean científicas, cuáles sean ensayos con mayor o menor valor crítico, literario, doctrinal, cuáles sean obras de mera erudición y cuáles sean aquellas otras expresión simplemente de las preocupaciones educativas que el sentido común del hombre de la calle puede expresar. Sin que esta distinción, repito, incluya ninguna valoración porque todos los trabajos y las aportaciones tienen sentido siempre que se sepa distinguir, sin enmascaramientos, lo que es ciencia de lo que no lo es. En última instancia, distinguir aquello que es evi-

dente y puede conducir a la verdad de aquello otro que simplemente es materia de opinión.

Por otro lado, en el orden práctico, se podrán ofrecer evidencias o logros, aunque sean modestos, que sirvan como punto de apoyo firme para el diario quehacer de la educación.

Y como la educación se actualiza a través de la tarea del educador, el mayor ofrecimiento práctico será aquel que se puede utilizar en la actividad de quien se dedica al estímulo y dirección de la actividad del sujeto que se educa; con otras palabras, intenta ver qué puede ofrecer la investigación pedagógica a la persona y la actividad del educador; más en concreto, del educador profesional que por antonomasia es el profesor. Por esta razón el Congreso se centra de modo principal en la figura del profesor.

El que el punto de referencia principal sea el profesor, no quiere decir que el Congreso se cierre a otras posibilidades de la vocación pedagógica. Quiere simplemente decir que el problema de la formación de profesores es el quehacer más urgente y el de mayor amplitud que ahora tiene planteado el mundo moderno, y en concreto España. Por esta razón se menciona como tema del Congreso. Por otra parte, la consideración de la labor del profesor abrirá sin duda la puerta al estudio de cualesquiera otras posibilidades de la vocación pedagógica.

La investigación pedagógica, en la medida en que puede aclarar el sentido y los distintos campos de los estudios sobre la educación, parece que puede ser el fundamento más objetivo para señalar el camino que ha de seguirse en la formación de profesores.

En concreto, el eterno problema que un año y otro viene planteándose, el del plan de formación de profesores, parece que no podrá resolverse sino sobre la base objetiva de un conocimiento claro de la Pedagogía en sus distintas manifestaciones. La investigación pedagógica puede ofrecer, debe ofrecer, la base objetiva necesaria, científica, para las distintas opciones de planes de estudio que razonablemente puedan contribuir a formar educadores eficaces y con clara conciencia del sentido y razón de ser de su tarea.